



LO SALVAJE

Alberto Alfonsín

LO SALVAJE



Primera edición: agosto de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Alfonsín

ISBN: 978-84-19899-40-8

ISBN digital: 978-84-19899-41-5

Depósito legal: M-24208-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mi familia.
No hay indio si no hay tribu.

Salgo a pasear por dentro de mí,
veo paisajes que de un libro
de memoria me aprendí.
Llanuras bélicas y páramos de asceta.
No fue por estos campos el bíblico jardín.
EXTREMODOURO
Buscando una luna.

La verdadera felicidad tiene el olor de la saliva seca. Una cama en la frontera entre la madrugada y el día. La silueta del amor de tu vida aún recostada a tu lado. Esbozada por el calor remanente de su cuerpo. Mientras, su versión original trastea en la cocina. Dispuesta a la perfección sobre su armazón de huesos y carne. Preparando un delicioso desayuno. El aroma del café flotando hasta tus ollares somnolientos. Vuestra hija durmiendo junto a ti. Esa vida que apenas descuella frente a la maravillosa costa inexplorada del porvenir. Su pequeño cuerpo alzándose frente al vasto horizonte de la vida por vivir. Su cálido rostro respirando contra el tuyo. Si eso no es la puta felicidad plena, se parece mucho. La realidad, impertinente e inoportuna, reclamando su diezmo de atención. Como una pareja de testigos de Jehová aporreando tu puerta en pleno sopor posprandial. La cama está fría y las sábanas húmedas. El único perfume que sahumá la habitación es el pegajoso olor a moho. Mi hija danza suspendida en la inestable cuerda que oscila sobre el abismo que separa la infancia y la adolescencia. La oigo rebuscar algo comestible en el improvisado huerto del patio trasero. Con suerte, habrá una rata en alguna de las trampas que aporte proteínas en el desayuno. No sé nada de mi mujer desde hace casi un año. Perdida a poco más de cien kilómetros de casa. Un paseo de apenas noventa minutos en coche en nuestra vida anterior. Antes de que todo estallara y el mundo se fuese a la mierda. Ahora es una odisea espacial por un universo ignoto y plagado de peligros. La puerta chirría anunciando el regreso de Paula. Un viejo portero

fiel en su puesto de trabajo a pesar de los achaques. Obligo a mi cuerpo a levantarse en contra de su voluntad. El chisporroteo del aceite caliente y el olor a gas del infernillo anuncian que hay algo para comer. Paula es una chica fantástica. Su espigado cuerpo de once años se gira al oírme llegar. La genética, con los encallecidos dedos de una experimentada florista, ha escogido los mejores rasgos de Eva y de mí para elaborar la más bella composición posible en su rostro. Su boca sonrío. Sus ojos mantienen una leve sombra de tristeza que la hace parecer mayor. Es una chica estupenda que necesita a su madre. Como yo. Arrastro los pies hasta ella y la abrazo. Ella pasa sus brazos por detrás de mi nuca y me da unos golpecitos en los hombros con las palmas de sus manos. Un gesto que hace desde que tiene dos años. Me da un beso en la mejilla y se separa de mí. Toma prestada la mirada de su madre para observarme.

—Papá, de hoy no pasa. Tienes que afeitarte. Pareces un vago-bundo y rascas como el lateral de una caja de cerillas.

—Sí, no vaya a ser que pase el supervisor y me eche una bronca.

—No seas impertinente. La higiene y el cuidado de nuestro aspecto personal nos ayudan a sentirnos mejor con nosotros mismos, y es una muestra de respeto hacia nuestra persona. Eso me lo enseñaste tú.

—Joder, qué buena memoria tienes para lo que te conviene.

—Esa boca.

—Usted disculpe, no sabía que habíamos intercambiado los roles paternofiliales. Vale, vale, no me mires así. Después de desayunar me afeito. Prometido.

—Eso está mejor. Había un par de tomates ya maduros y una cebolla. Las naranjas aún se mantienen en buen estado y una de las trampas tenía premio.

El animal ya está despellejado y troceado, dorándose en la sartén junto a la cebolla. No sé si es una rata, una paloma, un gato u otra cosa. Tampoco quiero saberlo. El olor me resulta delicioso, y eso es algo que me apena. A eso hemos llegado. Espanto la tristeza

con enérgicos coletazos de rabia. No pienso caer en la autocompasión. Estamos vivos, sanos y enteros. No quedan muchos en el mundo que puedan decir lo mismo. Beso la frente de Paula.

—Eres la mejor hija del mundo. Yo me encargo del zumo de naranja.

Terminamos de comer abrigados bajo un cómodo silencio. Paula recoge los platos sucios y yo aprovecho para hacer la ronda matutina. El espejo de la entrada me devuelve mi reflejo. Necesito un corte de pelo además del afeitado. Los cabellos blancos avanzan de manera progresiva e inexorable. Una invasión silenciosa que gana terreno en cada parpadeo. Ya son claramente visibles en la perilla y las sienas. La ropa está limpia, pero la plancha es algo que quedó al otro lado cuando se abrió el abismo que separó la historia en un antes y un después. Enarboló una lanza casera. Una resistente vara flexible con una navaja amarrada en un extremo. De mi cinturón cuelga un cuchillo alargado y muy afilado. Es increíble lo rápido que puede uno acostumbrarse a cualquier cosa. Hace apenas tres años yo era un enfermero con una vida sencilla y normal. No tenía más preocupaciones que pagar las facturas a final de mes, criar a mi hija de la manera más adecuada, echar cada día sal y pimienta a mi matrimonio y mantener la línea. Ahora soy un cruce de náufrago y Mad Max que hace tres rondas diarias para comprobar el buen estado de nuestros dos tipos de trampas. Las que nos surten de comida y las que nos mantienen a salvo de los monstruos. Echo de menos a Eva. Ella pintaría la situación con las palabras exactas. Diría algo divertido. Una comparación perfecta. Lo más alejada posible de lo cursi. Con el punto de humor ácido que requiere la vida para no cometer el error de tomársela demasiado en serio. Incluso con la civilización desmoronándose como un castillo de arena en primera línea de playa. Sobre todo ahora. Los salvavidas son necesarios cuando el barco hace agua, no antes. Abro la puerta y salgo al exterior. Escudriño con atención entre las ruinas y los matorrales. No hay ojos violetas ni garras ni púas agiándose en ellos. Vamos bien. Al principio, el fin del mundo no fue

gran cosa. Entradillas en los telediarios junto a discusiones entre políticos, asesinatos machistas y demás desgracias humanas. Un volcán que retornaba a su actividad de manera sorpresiva y beligerante. Un terremoto en una zona donde no eran habituales. Riadas en épocas de sequía. Desastres naturales que afianzaban la idea de cambio climático. Hechos frente al vocerío encolerizado de los negacionistas. Causaba desazón, pero no era nada demasiado aterrador. Ya estábamos familiarizados con eso. Nos habíamos convencido de que no nos tocaría a nosotros. Sería algo para el siglo xxii, como pronto. Que lidiaran con eso nuestros tataranietos. Mala suerte. Haber nacido antes. Además, todo comenzó en países pobres. Sudeste asiático, cuerno de África. Esos muertos no duelen en el primer mundo. Lo normal es que los pobres lo pasen mal y mueran muchos, por eso paren como conejos, ¿no? Luego, Australia comenzó a arder de la noche a la mañana. Eso era terrible, pero Australia era demasiado exótico para parecer real. Islandia se abrió por la mitad como un *coulant* de chocolate demasiado caliente, y el magma bajo su falla arrasó el país. Eso comenzó a preocupar. Por muy extravagante que sonara, el país de Papá Noel empezaba a ser Europa. Antes de que la ONU, USA y demás matones autoproclamados policías del mundo pudieran siquiera organizar una reunión previa para analizar la posibilidad de considerar que pudiera haber una amenaza, se multiplicaron las catástrofes. Llegó a Estados Unidos. Llegó a Europa continental. Eso nos aterró, porque esos sí éramos nosotros. Entonces, aparecieron las criaturas y el pánico entró en tromba. Como un marido celoso en la habitación donde sospecha que se están cultivando sus cuernos a golpe de carne contra carne. Dos tipos de monstruos aparecieron de la nada en aquel momento. Tres si contamos a los insectos. Uno era bípedo y parecía un cruce de pesadilla entre animal y planta. Dos metros de alto, ojos de color morado, dientes como sierras, garras afiladas y una ristra de púas a lo largo de los brazos, como la chaqueta de un indio de película. Las púas eran venenosas. Producían una muerte segura y atroz entre estertores, convulsiones y espumarajos. Poco

después de su aparición, pudo comprobarse en varios videos de YouTube. La prensa los bautizó como trífidos. La gran mayoría tuvo que buscar la referencia literaria en internet. Eva comentó la sorpresa que iban a llevarse más de un *influencer*, *youtuber*, tronista y demás fauna cuando descubrieran que existían unas cosas llamadas libros en papel. A mí me recordaron a Depredador desde la primera vez que los vi, con esas lianas que parecían trenzas y esos colmillos de jabalí. La segunda especie parecía un hipopótamo hiperdesarrollado y acorazado. Sus mandíbulas eran enormes y se abrían más allá de lo concebible. A pesar de su tamaño y su peso, se movían con mucha rapidez. Por último, pero no menos peligrosos, estaban los mosquitos del infierno. Grandes como una mano adulta. Siempre en enjambres, siempre hambrientos. Eran pirañas voladoras. Capaces de dejar un cuerpo en los huesos en apenas media hora. Esos bichos cambiaron la visión del asunto. Se volvió prioritario para todos los Gobiernos. Se movilizaron ejércitos. No sirvió para nada. El video de los trífidos atacando la Casa Blanca fue viral. La familia presidencial iba a ser evacuada en helicóptero. Los guardaespaldas y los soldados, armados con fusiles y putos lanzallamas, rodeaban al presidente, a su mujer y a sus hijas. Cayeron como moscas. Apenas lograron abatir a un par del grupo de diez que llegó hasta ellos en el jardín. En el video, se puede ver como el presidente grita enojado llamando inútiles gilipollas a sus hombres mientras estos van muriendo para protegerlo. En un momento dado, agarra el lanzallamas de uno de los caídos, dispuesto a mostrarles cómo se comporta un héroe americano. Acciona el gatillo, pierde el control del arma y se prende fuego. Eva dijo que ese ondeante tupé rubio ardiendo era justicia poética. Antes de caer muerto, aún tiene tiempo de abrasar a dos de sus hombres y a su esposa. Ese día, los trífidos comieron caliente. Solo dejaron varias prótesis de ambos sexos sembrando el césped. Hay una entrada en el cuaderno de Eva que se refiere a este suceso, creo. La ambigüedad y el doble sentido no van mucho conmigo. Dice: «La ígnea ignominia incendiada por su intrínseca indolencia imbécil». Le gus-

ta jugar con las palabras de esa manera. Decía que era como ton-tear con un juego de bloques y construcciones. Entretiene y mejo-ra las habilidades. Ella es la creativa de la pareja, capaz de hacer magia con sus relatos. Yo tengo mucho vocabulario, no voy a negar lo evidente. Escribo de un modo aceptable, hasta he ganado algún concurso *amateur*. Pero carezco de su imaginación desbordante. Tengo muchas piezas para construir, pero soy incapaz de salirme del guion establecido por las instrucciones. Puedo construir el puente o el castillo que viene en la caja con absoluta fidelidad, pero no sé improvisar. Eva decía que yo era un arquitecto de palabras, pero a ella solo le salían monstruos cuando comenzaba a armarlas. De distinto pelaje, color y forma, pero siempre bestias fantásticas. Argumentaba que se repetía tanto o más que yo. Echo muchísimo de menos sus monstruos caminando por aquí, destruyendo todos esos edificios y puentes plomizos y aburridos sin ellos. En otro video muy visitado, un grupo de esos hijos bastardos de hipopóta-mo y dinosaurio arrasa la Plaza Roja. Barren la superficie con par-simonia. Arriba y abajo. Abriendo y cerrando sus enormes bocas. Parece una partida demencial de Pacman. Aquellos glóbulos blan-cos, policías de la antigua serie de dibujos. Cuando no queda nadie con vida, se ensañan con el Kremlin. Desgajan grandes trozos de su estructura hasta hacerlo caer. Los mosquitos infernales se cebaron sobre todo con China. Enormes enjambres oscurecieron el cielo asiático durante una semana. Diezmaron a la ingente pobla-ción china hasta dejarla en poco más de doscientos millones. Ver cómo desaparece la carne de esos cuerpos es espeluznante. Las personas gritan, corren, intentan huir en vano, mientras los insectos los van devorando, pedazo a pedazo, hasta llegar al hueso. Mu-chos de aquellos infelices optaron por arrojarse al vacío antes que seguir sufriendo. En uno de los videos, puede verse cómo arrancan la cara a un desgraciado atrapado en su coche tras una colisión múltiple de varios coches que intentaban escapar. Pero hay mu-chos más videos, muchísimos. Porque, por supuesto, el fin del mundo fue retransmitido por la red en tiempo real. Supongo que

es la definición perfecta de nuestra defenestrada sociedad. La conexión a internet aguantó incluso cuando habían caído todos los Gobiernos. Aquí en España, también tuvimos nuestra buena ración de apocalipsis. Las islas Canarias ya no existen. Cayeron desmoronadas como una magdalena mojada demasiado tiempo en el café. Se llevaron consigo la costa africana que tenían enfrente al derrumbarse. Las gigantescas olas que provocó el desplome azotaron Huelva y el sur de Portugal como un negrero enojado con sus esclavos. No llegaron los mosquitos infernales, pero sí los trífidos y los hiposaurios. No sé por qué escribo todo esto, ni para quién. Los documentos gráficos están en la nube. Si alguna vez logran restablecer la conexión a internet, podremos acceder de nuevo a ellos. Si no, seguirán allí, para siempre jamás, en el limbo del conocimiento inalcanzable. Los supervivientes conocen la historia igual que yo. Las generaciones venideras, si las hay, tal vez no necesiten escuchar todo el relato. Por favor, que haya generaciones venideras. No puedo soportar la idea de que Paula vea la extinción total de la humanidad. Lo hago por Eva. Ella lo anotaba todo en sus cuadernos de tapas negras. Ideas, relatos, pensamientos y esta crónica del fin del mundo. Pero se los olvidó cuando partió a ver si sus padres aún seguían vivos. Yo mantengo el fuego encendido hasta que ella pueda regresar. Porque me da fuerzas. Lo hago por eso en realidad. Porque escribir en sus cuadernos me hace sentirme cerca de mi mujer. Así que, en realidad, lo hago por mí. Puto egoísta. Soy un escritor mediocre que cultiva en el huerto de su casa la novela negra e histórica, que, en realidad, son el mismo género. Eva es pura fantasía, un derroche constante de creatividad. Tras años a su lado, soy capaz de continuar su historia copiando su estilo. Un calco torpe y feo, como los trazos de un niño pequeño emulando los dibujos de sus padres, pero es una buena terapia. Yo soy mundano, terrenal. Pragmático, si queremos usar una palabra con presencia para envolver una más real, sencilla y sosa como es *aburrido*. Como un colorido papel de regalo que esconde una simple corbata gris. Eva solía decirme que yo tenía un alma poética que me había em-

peñado en enterrar en cómodas capas de rutina que me hacían sentir seguro. Decía que era como un bombón con un relleno sorpresa de licor, y le encantaba ser la única que podía paladearlo. No quiero hablar de ella en pasado, me niego a enterrarla en pretéritos. Ella me conocía, me conoce, como nadie lo ha hecho jamás. Ni yo mismo he logrado cavar tan hondo. Natural de Sevilla. Todos los veranos, venía con sus padres a una casa que su tío tenía aquí, en El Puerto. Su prima era parte de mi pandilla. Así entró en mi vida. Nos conocimos cuando teníamos diez años. Ella dice que desde el principio vio algo misterioso y atractivo en mí. Creo que su imaginación redecora las habitaciones del recuerdo. Congeniamos desde el primer momento, eso sí que es cierto. Éramos muy diferentes, pero nos entendimos a la perfección. Llegaba en cuanto acababa el curso y permanecía hasta que sonaba el primer timbre en septiembre. Durante años, fuimos amigos de verano y cartas entre vacaciones. Tal vez, visto con el trotar frenético de los ojos de un adulto, parezca poca cosa. Apenas tres meses al año de interacción física. El paso del tiempo es relativo. En esa edad, los días de vacaciones se estiran como un gato perezoso. Pasábamos casi todo el día en pandilla. Playa, piscina y, cuando caía el sol, la calle. Aguantamos todos juntos la riada de la adolescencia. El grupo nos hizo fuertes. Descubrimos la música, la de verdad. Las primeras borracheras. La liturgia de fumar. La comunión de las primeras experiencias compartidas. Ninguna amistad es tan intensa, tan pura como la que se vive en la juventud. He perdido el contacto con casi todos, incluso antes de la debacle. Algunos los veía de manera esporádica y, casi siempre, fortuita. Encuentros que producían alegría instantánea, tantos buenos recuerdos, pero que volaba efímera para dejar un rastro de incomodidad. Cómo atrapar una mosca con la mano tras una tarde de vanos intentos para descubrir que lo último que te apetece es tener un insecto zumbando dentro de tu puño. Saludos efusivos, breve repaso del anecdotario común. Risas que se apagan despacio ante la falta de oxígeno en el presente para mantener su antigua combustión. Que no haya no significa que no hubiera.

Aquellos años fueron geniales y nos forjaron a todos para ser las personas en las que nos convertimos. La vida se bifurca en numerosos afluentes cuando llega ese tsunami que es la edad adulta. Es difícil continuar en la misma corriente que los demás. Eva y yo estábamos juntos cuando el océano se retiró y nos dejó a todos boqueando en la playa de la madurez. El ariel se llevó muchas cosas, pero me dejó la mayor pepita de oro. Terminé la ronda sin guardar el más mínimo recuerdo de haberla hecho. Cuando no está Paula conmigo, tiendo a refugiarme en el pasado, tal vez demasiado. Debo esforzarme para volver a este presente tan inhóspito. Lo hago por mi hija. Si ella no estuviera, dudo que tuviese alguna razón para emerger a las inclemencias actuales. Eva puede seguir viva. No te atrevas a abandonarla antes de comprobar eso. Nunca he sido muy activo a la hora de iniciar algo. No soy un líder, ni siquiera para mí. En el sistema sanitario, se habla de proactividad. Ir a buscar las cosas sin esperar que lleguen a ti. Yo no lo soy. Siempre he intentado no restar, ya que no soy capaz de sumar. Ahora, debo llevar la iniciativa, ser la voz cantante. Es algo que me supera. Pasan los días y no tomo ninguna decisión. Salir en busca de Eva. Dejar a Paula aquí sola. Llevarla conmigo. Continuar esperando el regreso de mi mujer. Intentar contactar con ella de alguna manera. Todo tiene demasiados inconvenientes. Un pez con más espinas que carne. No sé cómo hincarle el diente. La ansiedad es un águila mitológica que me agarra el pecho. Cuanto más tiempo paso a la deriva, más siento su opresión y más me paraliza. Resoplo y regreso a casa con mi hija. Paula es decidida y activa como Eva. La cocina está recogida y los restos eliminados para que su olor no atraiga a animales hambrientos ni criaturas de Lovecraft. Está en el huerto, cuidándolo tal y como yo aprendí de mi padre y ella de su abuelo. Me acerco a la radio y la conecto. Gestos que reconfortan la idea de que estamos haciendo algo. Alimentando la ilusión necesaria de que alguien vendrá, que el orden puede volver a restablecerse. La estática crepita a lo largo del dial. Chasquidos que revientan las pequeñas burbujas de esperanza. La rueda derrapa en el

carril de la monotonía y sale dando un salto. Algo sucede. Algo nuevo. Entre tanta nieve, emerge una voz. Tal vez sí que haya una oportunidad.

Paula también oye la voz y acude corriendo desde el jardín. Escucha las frases conteniendo el aliento detrás de mí. Es un comunicado.

—Tras treinta días sin ataques conocidos de ninguna de las especies invasoras, hemos podido recuperar las conexiones por radio. Somos lo que podíamos denominar el Gobierno en funciones en esta aciaga época que nos ha tocado vivir. Repito. Treinta días sin ataques en nuestro territorio. Las noticias que nos llegan de otros países, escasas aún, corroboran esta tendencia en el resto del mundo. Esperamos poder recuperar las líneas telefónicas e internet en breve. Permanezcan tranquilos y en casa. La ayuda no tardará en llegar.

Se denomina el Gobierno en funciones, pero no se presenta. Descartamos a cualquiera de los miembros del Gobierno anterior y a las figuras más relevantes del Parlamento. El presidente anunció a todos los españoles que el Gobierno iba a encerrarse para trabajar por una solución definitiva con el resto de las naciones. En la práctica, resultó que iban a esconderse todos en un enorme búnker oculto bajo la Moncloa. Las imágenes, aunque algo desenfocadas, dan fe de sus enormes dimensiones y del gran abastecimiento del que disponían. Cuánto dinero de los contribuyentes se inhumó en ese cubículo para asegurar la vida de nuestros políticos y en qué año se construyó son datos que se mantienen enterrados a un nivel aún más profundo que el propio búnker. Creo que seguirán allí para siempre. La reacción del hemiciclo fue vehemente. Todos se veían en la obligación y el deber de trabajar por salvar la patria en ese cubículo, con el valor añadido de salvarse el culo de la aniquilación exterior. «No cabemos todos», dijo el presidente con la mirada intensa y la voz grave. «Hay que priorizar teniendo en cuenta los intereses de España». La entrada fue un cruce de estampida en la sabana africana provocada por un incendio, un asalto a un

castillo medieval y un linchamiento. Pisotones, mordiscos, patadas y demás golpes. El líder del partido de ultraderecha llegó a caballo enarbolando un revólver, al más puro estilo general Custer o, usando un símil más cañí, Millán-Astray. Al final, por Dios, por la patria, el rey, por cojones o por lo que fuera, casi todos entraron. Un par de rezagados sin armas ni fuerza física fueron los damnificados. La silla de ruedas arañando inane la puerta clausurada antes de girarse y golpear con la cara la cámara presta a su espalda es trágica y cómica al mismo tiempo. El presidente, trajeado y adusto, prometía retransmitir las veinticuatro horas del día para que la población pudiera ver los ímprobos esfuerzos de las fuerzas políticas de este nuestro país. Tres horas después, la tierra se abrió y se tragó el búnker. Se cerró justo después y lo aplastó como una nuez. Fin de la cita. Podría ser un burócrata cualquiera. Quizás sean los tres que se quedaron fuera, incluida la silla de ruedas, si aún siguen vivos. Es curioso cómo se puede pasar de condenado a afortunado en un breve lapso de tiempo por el devenir de las circunstancias. Tal vez sea un psicópata armado que quiere instaurar su propia dictadura aprovechando el vacío de poder. Lo importante del mensaje es la propia existencia del mismo. Vuelve a haber conexiones entre puntos alejados. Entre tanta morralla también se esconde otro dato vital. Treinta días sin ataques de monstruos. Un mes sin ellos. Un resquicio entre las negras nubes de tormenta que nos azotan. Una pausa en la matanza. Un armisticio. El fin del apocalipsis. Quién sabe. Es la chispa adecuada en mi interior. La que hace arder toda la hojarasca acumulada por la inactividad. Una vez que el incendio empieza a consumir oxígeno, se eleva un viento rugiente que se lleva el polvo y el humo. No deja lugar donde pueda seguir escondido. Todas y cada una de las fibras que componen mi cuerpo me piden movimiento. Soy un tenso cable de acero. Noto la vibración en las encías y en el puente de la nariz. Todos los minutos congelados se licuan de golpe y caen como un aguacero que empapa mi paciencia y la cala. Tengo que ir a buscar a Eva. Un año sin ella me parece la mayor estupidez cometida por un ser humano

en toda la historia. Paula. Llevarla conmigo es un peligro. Dejarla en casa, una locura. Ese es mi problema. Las opciones se ramifican demasiado en mi cabeza. No sé detener su crecimiento. Terminan por invadirlo todo. Hiedra atascando los engranajes de mi cerebro. Teclas de una vieja máquina de escribir pulsadas al mismo tiempo. Mis padres tenían una de la marca Olivetti cuando yo era pequeño. Era de color azulado. Tenía su propio estuche y pesaba como una deuda impagada. Con ella, aprendí mecanografía en el colegio, algo que suena a prehistoria. Si teclabas demasiado rápido, las teclas se agolpaban unas encima de otras en la cinta entintada. Las letras se superponían. Eso es lo que sucede en mi interior cuando debo tomar una decisión de cierto calibre. Esta es crucial, la de mayor magnitud de mi vida. Eva decía que mi problema era que me metía en una rueda de hámster a reflexionar. Cuanto más rápido giraba, más velocidad adquiría y más veloz me obligaba a correr. Todo para pasar una y otra vez por el mismo lugar sin avanzar. Un día, me dijo que, en esos momentos, probara a hablar. Verbalizar en voz alta mis razonamientos. Ella opinaba que eso me ayudaría. Tenía razón. Convertirlo en algo tangible. Expresarlo con palabras. Lograba detener aquella infernal rueda para ratas que han viajado a Turquía para lucir pelazo. Cuando los aviones aún volaban, claro. Eva no está aquí para escucharme. Eso hace que hablar en voz alta parezca ridículo. Paula entra en el salón. Ve mi expresión y se acerca despacio, con precaución y cautela. Como si temiese que pudiera estallar al más mínimo susto y esparcirme al viento en pequeños fragmentos.

—Papá, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

No hablo, vomito las palabras. Salen en tromba. Soy incapaz de contenerlas en mi interior. Paula me escucha en silencio, con los ojos. Cuando logro detener la hemorragia verbal, ella solo realiza una pregunta:

—¿Cuándo nos vamos?

Eso es todo. Tan sencillo, tan complejo. Tres palabras, una cuestión. Un gatillo que hace rodar la bola de cañón.